

JUICIO

SOBRE LA SEGUNDA PARTE

DE

EL ZAPATERO Y EL REY. ¹

Hemos dicho ya que el éxito del drama del Sr. Zorrilla, representado en el teatro de la Cruz, había sido brillante como ninguno. Hoy es, y á pesar de las representaciones transcurridas, el teatro continúa lleno de bote en bote. El mérito y el interés del drama están por consiguiente juzgados. Cuando el público falla, tiene que enmudecer la crítica. Todos los análisis de los más inteligentes y más altamente reputados maestros del arte no nos podrán nunca persuadir de que un drama que excita tan grande interés en el público, y que clava al espectador en la luneta por espacio de tres horas sin dejarle respirar, pueda ser una producción monstruosa.

El interés es el criterio del arte, es el sello del génio, del mérito artístico: el gran talento desplegado por el Sr. Zorrilla en su última producción, es indisputable. Este gran poeta se ha elevado sobre sí mismo á una inmensa altura. Desde el primer drama de *El Zapatero y el Rey* á este, que ha intitulado ahora su segunda parte, hay un progreso tal, que hubiéramos deseado que llevara otro título, para que pudiera ser más completa la ilusión de que las dos obras pertenecen á diferente autor.

¹ Publicado en EL CONSERVADOR.—16 de Enero de 1842.

De consiguiente, nuestro exámen, nuestra crítica sólo podrán recaer sobre las consideraciones á que dé lugar ese vivo interés que en el público excita; á erigirnos en censores ó analistas de la rectitud de ese juicio en su parte moral, política ó filosófica. La crítica sin duda puede llegar á tanto. La filosofía puede preguntar si es extraviado, natural y recto el sentimiento del público, cuando goza ó sufre en un espectáculo. La razón puede darse cuenta de los fundamentos en que su criterio estriba. Al investigar las causas de la perfección y de la belleza, no le está negado discurrir sobre si el placer que en la representación de un drama experimenta, es una depravación, ó un triste resultado de circunstancias que pervierten y extravían la sensibilidad de un pueblo ó de un auditorio.

Esto es lo que hemos procurado hacer respecto á la profunda sensación que nos ha causado el drama del señor Zorrilla. Nos hemos preguntado á nosotros mismos, en lo más hondo y tranquilo de nuestra desapasionada conciencia literaria, si esa sensación era racional; si como tal, sería duradera. Y la respuesta que nos hemos dado, ha sido ventajosa también al gran mérito del drama que examinamos. No es un éxito de circunstancias, no es un interés efímero, ni un triunfo pasajero el de esta obra. Es una obra de duradera belleza, de profunda filosofía; una obra de conciencia, de reflexión, de estudio, de altas miras; después de ser concepción de un maravilloso talento.

Muchas, infinitas veces ha sido puesto en escena el Rey D. Pedro. Es él, entre todos nuestros Reyes de los siglos medios, el personaje más dramático: prueba segura de que es el personaje más popular. D. Pedro no es un carácter que pueda prestarse ya á la creación de nin-

gun poeta. Es un carácter ya formado, ya fijo, ya amoldado por la historia, por la escena, por la poesía, por los romances y las tradiciones populares. D. Pedro, el Rey cruel, D. Pedro el tirano, D. Pedro el fratricida, es el cruel, el tirano de la aristocracia; es el enemigo de la nobleza, el opresor de los señores y tiranos particulares; el Rey nivelador, el Rey demócrata. La impresion que dejó su reinado en la memoria del pueblo, no fué desfavorable. El pueblo cubrió sus tiranías con el nombre y el velo de la justicia. El pueblo conservó largamente el sentimiento de aquella fascinación que ejercen sobre la muchedumbre todos los grandes caracteres, y que debia inspirar á las masas el aborrecido de los magnates. Hasta en sus defectos vió grandeza: las más notables faltas de su vida son extravíos de una pasión que se ha llamado el «flaco de las almas grandes,» y que obtienen siempre, sinó disculpa, fácil perdon á lo ménos. Á través de sus defectos, y considerado en un siglo tan bárbaro como él, y en una sociedad tan desatada y tumultuosa como sus ardientes pasiones, D. Pedro es todavía una gran figura, es un coloso; y tiene á sus piés al pueblo que le llora, y á la posteridad que le acata y le respeta.

Pero á esta figura no se la puede tocar. El poeta la encuentra ya hecha y dibujada. Le es dado ennoblecerla, realzarla, iluminarla ú obscurecerla al presentarla; pero desfigurarla, no; pero rebajarla, ménos; pero degradarla, nunca.

Hé aquí una gran dificultad en el asunto manejado por el Sr. Zorrilla; pero una dificultad, no sólo vencida, sinó que es cabalmente esta circunstancia el origen y fuente principal de las grandes bellezas de su drama. El Sr. Zorrilla, léjos de querer pintar con nuevos rasgos al D. Pe-

dro de la tradicion, ha procurado ponernos en relieve la verdad de aquel grandioso y poético personaje; ha querido hacernos palpable el sentimiento, la aureola de popularidad que sobrevivió á su desastroso fin, y que vengó en cierta manera su memoria. Y para eso el poeta personifica al pueblo. Blas Perez, el hijo del zapatero elevado á capitán, el servidor rendido, el asistente inseparable, el vasallo por pasión, el perro fiel del altivo, pero generoso Monarca, es esa personificación. Blas Perez es el verdadero protagonista del drama. Su carácter es la creación del Sr. Zorrilla: es la gran figura, el principal papel, es el drama entero. Aquel *mónstruo* de gratitud que, enamorado de la mujer que cree hija de Guillen de Castro, y que despues resulta serlo de D. Enrique, sacrifica, no sólo su vida, sino la de su amada, á la venganza de su señor, es una concepción gigantesca, digan lo que quieran los que la tienen por exagerada. No, ese carácter no es en sí mismo donde debe ser examinado. Está dibujado para ser el reflejo del alma de D. Pedro, para que veamos y contemplemos en él el irresistible ascendiente, la fascinación poderosa, que ejercen siempre las almas grandes y los grandes génius.

Recordemos á Alejandro, que con una señal de sus ojos hacia despeñar en un precipicio á más de cincuenta de sus soldados; y sin remontarnos á tiempos tan remotos, recordemos los prodigios del irresistible ascendiente que Napoleon ejercía sobre sus allegados, y comprenderemos entónces la verosimilitud, la verdad del carácter de Blas Perez, y su grandeza en medio de su atrocidad. Acaso, á pesar de la distancia de las edades, le comprendemos en nuestro siglo tan bien como entónces le comprenderíamos. El pueblo español ha mudado poco.

Blas Perez es en los tiempos de D. Pedro el tipo del vasallo que vive con la vida de su señor, que respira con su aliento, que no puede vivir así que él falte, "*que cava su sepultura, de la suya por igual*"; y Blas Perez es en nuestros tiempos la democracia y la monarquía; la democracia social que sólo puede existir con un jefe que la acaudille, con un ídolo único á quien adore y eleve sobre todas las demás eminencias que no sufre, y que detesta. Lo que prueba la profunda verdad del carácter de Blas Perez, es que no repugna en el teatro, y que el espectador se interesa por él, y llora con él el inmenso sacrificio que hace: se compadece y se admira; no se horroriza, ni detesta el heroísmo de su venganza.

Oportunamente ha escogido el Poeta para el desenvolvimiento de su idea el momento de la accion. Los últimos agitados dias de la vida de aquel Monarca, aquellos en que abandonado de todos los suyos, encerrado por el poderoso ejército de D. Enrique en el último castillo que de su reino le queda, y atraído de noche á la tienda del francés Duguesclin por una traicion villana, se halla solo y desamparado en el mundo, y hace todavía los últimos esfuerzos para luchar con el destino, que se desploma sobre él. Grandemente interesa en tan desventurado período la agonía del Leon Castellano. El Sr. Zorrilla ha pintado aquellos últimos instantes con un pincel de artista, con aquellos vigorosos toques, que acaso mirados muy de cerca pudieran parecer tiznaduras, pero que á regular distancia, á la distancia de la perspectiva escénica, no pueden dejar de parecernos de maravilloso y sorprendente efecto. Aquel D. Pedro, que convencido de la necesidad de morir, solo piensa, como César, en caer dignamente; aquel gran corazón, que en sus últimos instantes desafia

á sus contrarios á que "vengan á ver cómo mueren los leones castellanos", se levanta todavía á muchos codos de altura sobre sus contrarios. Asómanse involuntarias lágrimas á los ojos de los espectadores, y parece que se oye en medio de la pavorosa noche de Montiel la voz funeral de aquel tristísimo romance antiguo:

..... Y los de Pedro
Clamoréan, doblan, lloran su Rey muerto.

Entonces el corazón parece que descansa, con que á aquel hombre le sobreviva el leal vasallo que le vengue. Blas Perez aparece: D. Pedro ha muerto: para él ya no hay amor, ni encantos, ni vida. En inmolar su existencia á la de su señor, le parece que nada hace. Pero su amada, que es más que su vida, es al mismo tiempo hija de D. Enrique. La sacrifica, la hace matar. Para el vencedor es la venganza; para él el suicidio: para D. Pedro la víctima de expiacion. "Cabeza por cabeza, esta es la mia," ha dicho el capitán. Hé aquí el drama, drama terrible; pero grande, pero gigantesco drama.

Á algunos hemos oído decir que es un drama doble; que son dos dramas; que son dos protagonistas, con dos acciones distintas, y sus exposiciones correspondientes. Puede haber una crítica que halle en esto un defecto: á los ojos de otra crítica más elevada, esa es la perfeccion, porque ese es el drama; es el intento del autor cabalmente esa duplicidad, esa union. No son D. Pedro ni Blas Perez los héroes: los dos son un solo personaje, un solo protagonista; es el uno el apéndice del otro; y en vano será que nos digan que el interés se duplica, si no se divide. No consiste el menor mérito del Sr. Zorrilla en que la soldadura de esas dos grandes piezas no se conoz-

ca. Es un retrato á caballo, ginete y cabalgadura que van, que corren, que se les vé precipitarse juntos.

Y sin embargo, la obra del Sr. Zorrilla tiene defectos, grandes defectos, oscuros lunares; pero defectos de detalle, lunares que se pierden en la luz brillante de bellezas de primer orden. La exposicion del primer acto está acaso demasiado llena de incidentes de comedia de enredo, y no corresponde á la sencillez clásica de los otros tres: la escena del ermitaño no está bien desempeñada, y la llegada de Guillen de Castro al castillo de Montiel á entregarse en manos de sus enemigos, no está bien preparada, ni es demasiado verosímil. Acaso nos atreveríamos á decir al Sr. Zorrilla que la versificacion no es tan esmerada como la de algunas otras de sus producciones; y hubiéramos deseado en las invectivas contra los caballeros franceses algo ménos de lo que puede parecer intencion de aludir á sucesos de la época presente. No son los aplausos de circunstancias los que debe buscar un Poeta que tiene asegurado ya un lugar muy distinguido en el juicio y aprecio de la posteridad; pero no son tampoco estas ligeras faltas las que podrán empañar el brillo de la aureola de gloria que circunda la frente del gran Poeta.

Otros defectos hay que resultan de lo que pudo ser recelo de la empresa al poner en escena una obra cuyo éxito ignoraba. Pudiéramos citar alguno; pero nos contentaremos con advertir que la sombra de D. Enrique en el tercer acto hubiera podido ser ridícula, sin el talento y los esfuerzos de Latorre. Hay en el dia otros medios de ejecutar esas apariciones con ilusion y con grandeza. Afortunadamente el espectador no vé la sombra de Don Enrique en el lienzo iluminado. Donde ve aquel fantasma,

donde se aparece, donde se debe ver y pintarse es en el semblante del actor. Allí estaba. Latorre nos pareció en aquella escena, inimitable, y todo el drama hubiera sido una lluvia de aplausos para él, si el público pudiera siempre aplaudir en las grandes emociones. Es D. Pedro de Castilla, es el Rey del teatro este grande actor. Su voz, su accion, le llenan enteramente, y le dominan; y su figura sobresale por encima de todos, como sobresale terrible é imponente en la historia el Monarca Justiciero; como se eleva en la escena su erguida magestuosa cabeza.

El público refrenó varias veces su deseo de aplaudir, para desahogar al final su entusiasmo, haciendo llover sobre el Sr. Latorre los bien merecidos parabienes, que por espacio de muchas noches salió á recibir en compañía del jóven autor. Pero la representacion no puede ser completa, sin que el papel de Blas Perez suba á toda la altura en que el autor le ha colocado, y las fuerzas del Sr. Lombía no alcanzan á tanto, por más que con loable celo y con muy recomendable intencion haya querido desplegar todas sus facultades. Algunas veces lamentamos la division de las dos compañías. Cuando nos figuramos lo que sería este drama ejecutado por los Sres. Latorre y Romea, no podemos dejar de suspirar por la union de estos dos actores.

El Sr. Mate, aunque débil y con voz debilitada, nos conmovió profundamente en el desempeño de D. Enrique. Mucho sentimos ver declinar las fuerzas de actor tan estimable, en cuya accion, maneras y estilo tienen tanto realce los papeles, y se nota un estudio profundo del arte y un gran conocimiento del corazon.

DE LAS NOVELAS EN ESPAÑA,

CON MOTIVO DE LA PUBLICACION DE SAB, NOVELA ORIGINAL, POR LA SEÑORITA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA. ¹

Nos hemos puesto muchas veces á pensar, aunque sin fruto hasta ahora, cuál podrá ser la causa de que el movimiento literario de esta época, al paso que fecundo en producciones dramáticas y en poesías de todos géneros, haya sido estéril en novelas. Fenómeno raro sin duda, pero real y existente.

Desde 1833 han visto la luz pública más dramas originales, y más comedias notables han ocupado la escena que en ninguna época del teatro español desde los tiempos de Felipe IV. Ninguno de esos años ha transcurrido sin que dejase de salir á luz una coleccion de poesías líricas. Los periódicos y publicaciones literarias, por otra parte, sucediéndose unos á otros, han mantenido siempre despierta y encendida la aficion á estas obras y á estas lecturas. En fin, en unos tiempos en que el poema largo y sostenido no suele cautivar demasiado la atencion de los lectores, hemos visto publicarse y concluirse largos y difíciles poemas, en tanto que la curiosidad pública espera todavía confiada la terminacion de otros cuyos preludios han empezado á excitar su interés.

Y entre tanto no hay en España un novelista. Desde

¹ Publicado en EL CONSERVADOR.—19 de Diciembre de 1841.

los primeros ensayos publicados en 1833 y 1834, y que están muy léjos de llegar á la altura á que sus mismos autores se han elevado en otros géneros, esta clase de producciones ha quedado como desdeñada; y Walter Scott, Victor Hugo, A. Dumas, J. Sand, Federico Soulié, Balzac, Jules Janin, De Vigny y otros escritores extranjeros, han abastecido en España la insaciable curiosidad del numeroso público, que pone sus delicias en una lectura donde no tienen rivales ni hasta ahora imitadores afortunados.

Repetimos que se nos oculta la causa de este fenómeno. No será por cierto la falta de interés y voga de esta clase de producciones. Ningunas hay que le excitén en más alto grado: ningun libro de los infinitos que hoy se publican, cuenta con un público más numeroso; ninguno está más seguro de obtener fama, de dar nombra-día; ninguno es más popular. Dígase lo que se quiera de la influencia de las novelas en las costumbres, las novelas son actualmente una necesidad, y una necesidad muy general y muy viva.

En la vida individual de las sociedades modernas, la novela ha reemplazado al interés social del poema antiguo. Era el poema el libro de los templos, el libro de las plazas, de los teatros y de los juegos circenses; de los grandes concursos, de las solemnidades públicas: la novela es el libro del hogar doméstico, del gabinete, del sofá modernos; el libro de los sentimientos solitarios de cada corazón, el poema de las actuales aisladas pasiones de todas esas almas que no se reúnen en ninguna parte para cantar, para orar, para sentir y llorar algo en comun. El teatro mismo no es más que la novela en accion: la novela es un teatro más extenso todavía, de más interés acaso, aunque de ménos ilusion de realidad.

Hasta la política misma ha pedido auxilio y fuerzas á la novela. Gastada fatigosamente la atencion en las acerbadas cuestiones, que por espacio de tantos años han prestado alimento diario á la prensa periódica, vemos hoy á ésta, en el extranjero, exhausta y desfallecida, buscar en folletines el sosten de su vida y del interés, que ántes bastaba á excitar su ya fria y decadente voga. Tambien nuestros periódicos, aún enmedio de la fiebre que á nuestro cuerpo político devora, y que hace más importante que en otros países su polémica política, han tenido necesidad, para sostener y cautivar la atencion, de insertar novelas en sus columnas. ¡Y ninguna de ellas es original!⁴ Todos esos folletines son traducciones; y á veces ¡qué detestables traducciones!

No será por falta de imaginacion y de talento, ni por falta de paciencia de nuestros ingénios. Sus producciones en otros ramos protestarían contra esta suposicion. Ellos escriben asidua, diariamente para el teatro; ellos escriben casi siempre en verso; y por fácil y fecunda que sea su vena, todos sabemos cuánta más dificultad ofrece dialogar ceñidas escenas en tan lindos versos como á cada paso oímos recitar en el teatro, que describir libremente cuadros de la vida, en lo que—no *vil*, como dijo Voltaire,—sinó comparativamente *fácil prosa* llamaremos nosotros.

¡Y qué campo tan ancho tienen nuestros escritores para este interesante ramo de la literatura! Si quisieran cultivar el género de Walter Scott, nuestra historia está virgen todavía: nuestras continuas luchas, nuestras eternas contiendas civiles, nuestros turbulentos reinados de la Edad media, nuestras dramáticas y casi fabulosas conquistas, nuestros grandes reveses é inauditos infor-

⁴ Aún no había escrito Fernan Caballero, ni otros, aunque pocos, novelistas posteriores.

túnios, materias son no tocadas todavía, y que presntaran objeto inagotable á cien plumas y á cien pinceles.

Aquí no hay una historia sóla: aquí no hay una sóla nacion. Es la historia de cien pueblos, de cien razas, de cien naciones, de cien gobiernos, y de idiomas y de civilizaciones distintas, coexistiendo á un tiempo mismo. Aquí subsistía aún una ciudad enteramente romana⁴, y un Imperio godo y cristiano contaba siglos de existencia; y los árabes transplantaban á nuestro suelo su Alcorán, y las costumbres, y las pasiones, y la vida y la sangre de los hijos de Oriente. Aquí despues Astúrias y Leon, con los primeros, salvajes y nebulosos tiempos de la restauracion; aquí la vieja Castilla, desde el romántico Cid hasta la romántica Isabel; aquí Aragon y sus sangrientos borrascosos anales; aquí la dramática Navarra; aquí los originales nunca domados pueblos vascos; aquí las Ordenes Militares; aquí la série interminable de los Reyes moros, desde el interesante Abderrhaman I, hasta la deplorable suerte del último Rey granadino; aquí los ignorados piratas normandos apoderándose de nuestras costas septentrionales, mientras que los catalanes y baleares plantaban sus pendones en Sicilia, en el Archipiélago y en la misma Constantinopla; aquí la morisma, las comunidades, los autos de fé, las fabulosas emigraciones y empresas de viajes: aquí en fin Cárlos V, Colon, Hernan Cortés, Pizarro, el Gran Capitan, el Duque de Alba, D. Juan de Austria, Felipe II, D. Álvaro de Luna, don Rodrigo Calderon; aquí las Blancas, las Urracas, las Berenguelas, las Marías, las Isabeles, las Padillas.... y las Teresas tambien, heroínas de amor, y de virtud, y de caridad del cielo!....

⁴ Mérida.

¡Oh! sí: nos cansaríamos en vano en la inagotable tarea de indicar asuntos y materias para relaciones históricas. En el género descriptivo no vemos término á las innumerables bellezas, que ofrece por todas partes nuestra rica y variada naturaleza, no descrita nunca ni pintada sinó en las eternas monótonas rosas y jazmines de nuestros amanerados poetas líricos. Hasta nuestras actuales costumbres podrían ofrecer cuadros no ménos variados y ricos que la sociedad francesa, á los que de ellas quisieran sacar partido. Porque si es cierto acaso que nuestra sociedad no está tan corrompida; si las boardillas, los salones, los garitos y los palcos de esta reducida capital, no pueden ofrecer las desgarradoras y á veces repugnantes escenas de Balzac ó de Soulié; si en este Madrid, donde todos nos conocemos y nos hablamos, no puede haber grandes secretos, ni en esta vida *panóptica* y transparente del círculo de la buena sociedad, serían verosímiles esos misteriosos terribles arcanos que forman á veces el nudo de las novelas de nuestros vecinos, tiene el escritor español la ventaja de poder amenizar con variedad de figuras y de fisonomías, un cuadro que no podrá acaso ser de tan fuerte y cargado colorido.

Á nuestro entender, la sociedad francesa no es tan variada como la nuestra. Las clases allí se parecen más unas á otras, y los individuos entre sí. Allí hay más homogeneidad, más unidad de carácter, más nacionalidad que entre nosotros; y esto que es un bien en política, en literatura conduce á la monotonía. Aquí hay más riqueza, porque hay más anarquía. Aquí las clases se diferencian como las provincias: no se confunden, aunque se mezclen. Aquí más que clases hay individuos; y no se necesita mucha imaginacion para encontrar por todas

partes tipos originales de los más raros y extraordinarios caracteres, aún en clases bajas y abyectas. Tienen á veces nobleza y generosidad nuestros bandidos, intrepidez nuestros contrabandistas, y gracia y donaire nuestros truhanes.

Hay todavía muchas almas nobles, aunque oscuras, en esta época de egoismo y de desgracias, muchos elevados caracteres ignorados y oscurecidos, muchas virtudes sublimes de que el mundo no hace cuenta, y que pudieran hacer gran papel en los escritos de un novelista de la época. Y hay, sobre todo, tanta desgracia, tanta desventura en una sociedad tan hondamente conmovida y desgarrada, que nosotros, á la verdad, no podemos dejar de lamentarnos de que entre tantos escritores no salga un escritor distinguido, que nos haga sentir el placer que experimentamos siempre al mirar en el relieve de la novela, y en el cuadro, siempre algo ideal, de una composicion literaria, los mismos sucesos que vemos en la vida real, las mismas bellezas ú horrores, los mismos crímenes ó virtudes, los mismos placeres ó llantos; ó prosperidades ó desventuras, que en torno de nosotros presenciábamos, ó que la historia de nuestros padres nos refiere.

Por eso al anuncio de una novela original, la hubiéramos leído siempre con avidez; por eso nos hubiéramos apresurado siempre á ver si sus páginas nos revelaban al escritor, que para lustre y decoro de nuestra literatura anhelábamos. Pero la que ahora se anuncia con el nombre de *Sab*, tenía para nuestro interés y nuestra curiosidad nuevos y poderosos estímulos. Es su autor una señorita: es la señorita doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, ya tan ventajosamente conocida por composiciones poéticas de un mérito poco comun; y esta señorita, esta

poetisa, esta escritora, es nuestra amiga; circunstancia que podrá parecer acaso un obstáculo para nuestro imparcial juicio, á los que no sepan que el afecto con que la jóven escritora nos distingue, es demasiado noble y tierno, para que pudiera menoscabarse en lo más mínimo, aunque nos viéramos en la precision de ser, al juzgarla, severos.

Afortunadamente no nos vemos en esa precision. Afortunadamente parte de nuestras esperanzas se han realizado. Es verdad que estas esperanzas no podían ser muy altas desde las primeras líneas de su prólogo. *Sab* se anuncia sin pretensiones, como un juguete, como un ensayo, como un pasatiempo en ratos de ocio de años muy juveniles de la autora; cuando su estilo y su gusto literario no estaban formados todavía; cuando sus piés no habian pisado el suelo de la vieja Europa; cuando sus ojos no habian visto el cuadro de esta antigua sociedad; cuando su alma acaso no conocía más que un sentimiento y una pasion.

No: nosotros desde luego no buscamos en *Sab* la novela: buscamos al novelista, y no le buscamos en vano. El novelista le hay: con la novela no podemos ser severos. Pero nos dá el derecho de serlo con otra que de su pluma salga, porque culpa será suya, si la que escribió algunos capitulos de *Sab* no dá á otra obra de más conciencia y de más estudio, toda la superioridad á que debe aspirar y llegar sin duda.

No es *Sab* una novela española, ni ménos inglesa ó francesa. *Sab* es una novela americana, como su autora. No es una novela histórica, ni de costumbres. *Sab* es una pasion, un carácter nada más; un carácter ideal sin duda, un carácter demasíadamente excepcional; y este es,

á nuestro entender, el principal defecto de la produccion que nos ocupa. Un carácter, que en cualquiera clase y raza que se escogiera, podria parecer exagerado, escogido entre los esclavos y los mulatos, debe parecer falso; y las nobles pasiones que se nos pintan en el corazon del generoso africano, á fuerza de querer ser realzadas y puestas en contraste con su triste condicion, pueden no ser comprendidas.

No es la novela la obra más á propósito para luchar con las creencias ó con las preocupaciones muy generalizadas; y lo está mucho la que condena á la inferioridad de sentimientos y de inteligencia á la raza negra. Nosotros no sabemos si las almas tienen color, como nos inclinamos á creer que tienen sexo; pero ningun pintor hasta ahora se ha atrevido á pintar en la gloria un serafin de tez de cobre, ni entre las legiones precitas una cabeza de rubios cabellos y de cútis nacarado.

Ya se vé. El sentimiento que respira en la obra de la señorita de Avellaneda, es muy natural, muy generoso en ella. El primer espectáculo que se hubo de ofrecer á sus ojos en aquellas regiones, y herir desde sus más tiernos años su sensibilidad, fué el espectáculo de la esclavitud. ¡Espectáculo horrible, tan humillante para el siervo como para el señor; espectáculo que subleva hondamente el corazon del hombre, y hace necesarias toda la fuerza del hábito, toda la dureza del cálculo, todo el egoismo del interés, para que el horror que infunde, se modifique!

Bajo esta impresion profunda está concebida la novela, ó más bien está escogido su héroe, *Sab*, el pobre esclavo que se enamora de su señorita, y que devorado de celos y abrumado con la idéa de que el amante, que va á ser su

esposo, es indigno de ella, y no puede hacer su felicidad, no sólo no estorba su union, sinó que pone los medios de que se realice, y sacrifica á esta idéa su fortuna y su vida, pudiera haber sido tomado en otra condicion y en otra sociedad; y acaso, á lo ménos entre nosotros, puede ser que tuviese más interés, teniendo más verosimilitud.

Por lo demás, el carácter y la pasion de Sab, que es toda la novela, están descritos con un pincel de fuego. Hay páginas magníficas, hay rasgos sublimes. Cuando Sab refrena sus ímpetus homicidas á vista de su dichoso rival prostrado y moribundo, con la esperanza de tomar más sangrienta venganza en que al fin será conocido y despreciado, todo un carácter se dibuja en esta pincelada, digna de Otelo. Cuando el pobre esclavo lo inmola todo á la felicidad imaginaria de Carlota, y se deja morir por no arrancar de sus ojos la venda que puede hacerla feliz por dos ó tres años más, es sublime sin duda.—«¡Es un crimen anticipar á un mortal la hora de su triste desencanto!»—Sólo quien no tenga el corazon ulcerado por este mundo de ilusiones,—donde, muy al revés de lo que dijo Boileau, todo es bello ménos la verdad,— podrá desconocer la profundidad de esta máxima.

Es el estilo, en general, animado, flúido y corriente; pero á veces más desigual, y con más hondas caidas de lo que quisiéramos, en el libro de una persona, que escribe inspirada y admirablemente prosa más bella todavía que sus versos. *Sab* tiene algo de la incorreccion de la juventud, algo de la amable versatilidad de la mujer, y la desigualdad acaso de aquellos climas tropicales donde fué escrita. Hay en ese libro páginas nubladas y fatigosas, como algunos dias de aquellas ardientes zonas; pero á poco sale el sol, puro, radiante, abrasador, y se ostenta

por él bañada la espléndida y lujosa vejetacion de aquel suelo, donde las palmas

Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,

Y al soplo de las brisas de Oceáno

Bajo un cielo purísimo se mecen.

Las descripciones son muy bellas. En el primer tomo hay una tempestad que sofoca al lector; y son tanto más notables y de mayor mérito estas pinturas, cuanto no hay en ellas pretensiones, ni se aspira á la exageracion y afectada originalidad que pudiera haber tentado á la jóven escritora, tratándose de un país vírgen y poco conocido, y en cuya descripcion pudiera haberse dejado llevar del peligroso impulso de imitar la manera de Chateaubriand. Uno de los mayores méritos de este ensayo es la sencillez.

No lo es sólo en el lenguaje: la accion tambien es sencilla; y tanto, que el primer tomo nada perdería acaso en tener más pormenores, y dejarla correr ménos desembarazadamente. No hay enredo, no hay drama, no hay arcanos, no hay peripecias sorprendentes; y hay interés, sin embargo, y hay en las partes de esa narracion tan sencilla, una trabazon admirable. El final sorprende por lo natural. Aparte de la muerte de Sab, nada sale del órden comun; y sin embargo, queda de ese libro un sentimiento profundo y una memoria de dolor que no se espera, ni debiera resultar de un desenlace, que podria parecer frio y lánguido á los ojos vulgares.

En esa interesante historia de una familia criolla suceden grandes desventuras, y sin embargo, no hay ningun malvado, no hay ningun crimen. El mismo Enrique Otway

no es un perverso; es solamente un personaje prosáico, un buen comerciante, para quien el libro de la vida no deja de ser un libro de caja, en donde todas las partidas se asientan en guarismos, inclusa la de su matrimonio. Los asesinatos, los malvados, los traidores de esta composición, son las pasiones, los caracteres, el alma volcánica de Sab, el carácter ideal de Carlota, la concentrada severidad de la pobre Teresa. Este es un mérito, un gran mérito sin duda, y rogámos á la señorita de Avellaneda que así lo crea, y que no lo eche en olvido en sus demás producciones.

Para que resulten grandes sucesos no tiene necesidad el génio de emplear el puñal ni el veneno. Ponga almas tier-nas en la escena, corazones verdaderamente apasionados, caracteres ardientes y generosos; y el infortunio, las lágrimas, el interés brotarán de suyo bajo su pluma. No tema la señorita de Avellaneda la censura que puedan hacerle de exageración ó de inverosimilitud.

Recuérdasenos lo que decía Larra en uno de sus folletines sobre *Los Amantes de Teruel* al Sr. Hartzenbusch: "á los que digan que nadie se muere de amor, no les contesteis; sería inútil."—¡Oh, sí; tenía razón aquel desventurado! Las pasiones son de todos los siglos. Lo mismo ma-tan hoy que hace dos mil años. Sí, nosotros creemos que hay todavía quien se muere de amor, aunque no tenga el valor de confesarlo ante una sociedad, que en masa ridiculiza las pasiones, aunque individualmente las siente y las llora.

Lo que lamentamos amargamente en el carácter de Sab, es que aquel desgraciado, tan noble y tan virtuoso, no tenga siquiera el consuelo de saber de dónde le viene tanta virtud y tanto esfuerzo. Aquel hombre, tan solo y desamparado en el mundo, no se acuerda nunca de vol-

ver sus ojos al cielo. Cree que su pasión es bastante para todo el sacrificio que se impone, y permítanos nuestra amiga decirle que esto no es verdad. Sab muere como Bruto, mártir de la virtud y blasfemando de ella; porque no encuentra á la virtud bastante digna de inmolarla su felicidad, su esperanza y su vida. En efecto, no lo es la virtud del mundo; pero sí la virtud del cielo, la virtud de la Religión.

Sab espira creyendo en el poder de su orgullo. ¡Triste palabra, que quisiéramos ver reemplazada con la esperanza en el Dios de los justos! La religión de Teresa no hace ménos falta al pobre mulato; y en lugar de aquella Martina, cuyo episodio nos parece un lunar de la obra, hubiéramos querido mejor ver á la cabecera de su lecho de muerte la imagen de la Madre del Redentor, cuyo culto debe ser tan tierno, tan consolador para los esclavos sin ventura y sin madre.

Nos hemos atrevido á hacer estas reflexiones, porque no creemos que Sab sea la última producción de este género que hayamos de deber á la pluma de la señorita de Avellaneda. Sab es un cartel, es un heraldo, que anuncia á la literatura española la existencia de un novelista. Sab, á pesar del calor de alma con que está escrita, á pesar de las inspiraciones de sentimiento que la animan, de los destellos de génio que en ella chispéan, no es á nuestros ojos la obra: es el prefacio. No es el sol todavía; pero es la aurora.

Nosotros tenemos motivos para creer que el día que anuncia será bello y magnífico, aunque en esos ardientes celajes ya se vislumbre que habrá horas de tormenta, y que más de una vez surcará la esfera el rayo, y barrerá el suelo el huracán de los trópicos.